



DL-R-50

BAJO LA LLUVIA

371

OBRAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

POESÍA	<u>Pesetas</u>
INTIMIDADES (tercera edición).....	3,00
LUCHAS (tercera edición).....	3,00
FLORES DE ALMENDRO (segunda edición).....	2,00
CONFIDENCIAS (segunda edición).....	3,00
LA COPA DEL REY DE THULE (tercera edición).....	3,00
EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.....	2,00
RAPSODIAS.....	2,00
LAS CANCIONES DEL CAMINO.....	2,00
TRISTITIE RERUM.....	3,00
CARMEN.....	2,00
EL PATIO DE LOS ARRAYANES.....	3,00
VIAJE SENTIMENTAL (segunda edición).....	3,00
EL MIRADOR DE LINDARAXA.....	3,00
EL LIBRO DE JOB.....	3,00
LAS HORAS QUE PASAN.....	3,00
EL JARDIN DE LAS QUIMERAS.....	3,00
TORRE DE MARFIL.....	3,00
BAJO LA LLUVIA.....	3,00
EL BALCON DE VERONA.....	3,00
SAUDADES.....	3,00
RAPSODIAS ANDALUZAS.....	3,00
IN MEMORIAM.....	3,00

PROSA	
ZARZA FLORIDA (novela griega).....	2,50
LA TORRE DE LA CAUTIVA (novela árabe).....	4,00
VIDA Y ARTE (estudios).....	3,00

R. 3.750

56 5873

FRANCISCO VILLAESPESA

BAJO LA LLUVIA

(POESIAS)



MADRID

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y COMP.^ª, EDITORES

Princesa, 77.

1910.

AL ILUSTRE NOVELISTA

FEDERICO GAMBOA,

HOMENAJE DE ADMIRACIÓN Y DE CARIÑO

Villaespesa.

Madrid, Octubre 1909.

BAJO LA LLUVIA

Á José J. Herrero.

I

Empaña el gris difuso de la lluvia
la transparencia azul de tu ventana...
Mis hombros sueñan con tu sien... Hermana,
¿dónde descansa tu cabeza rubia?

Hasta en mis pobres huesos siento el frío
de la tierra mojada... En esta hora,
¿que llenará mi corazón vacío
cuando hasta el cielo se oscurece y llora?

Deshójanse los últimos rosales...
Resbala el libro abierto de la mano,
mientras, temblando, sobre los cristales
llora la lluvia mi dolor humano.

En esta tarde gris ¡oh, quien pudiera
sentir el tibio roce de tu cara,
y ver arder tu rubia cabellera
bajo los oros de la tarde clara!

Tus pupilas azules, tus pupilas
extáticas de paz y de consuelo:
lagos de aguas profundas y tranquilas
donde se espeja el claro azul del cielo.

¡Oh, tu casa á la vuelta del camino!
Fulge el oro del sol en las ventanas,
mientras turba el silencio campesino
un alegre repique de campanas!

II

Mi faz envuelve como un ala
negra, tu indócil cabellera,
mientras en lenta paz resbala
la lluvia por la vidriera.

Horas lluviosas é intranquilas...
Se borra el sol del porvenir...
Ni á ver aciertan las pupilas,
ni puede el labio sonreír.

Hasta la voz tiembla de frío,
y no se atreve á pronunciar
un nombre amado... ¡Que sombrío
está en la tarde nuestro hogar!

Como esas aves ateridas
que sobre el hierro del balcón
mueven las alas entumidas,
tiembla de miedo el corazón.

Miedo de lo desconocido,
de los instantes que se van,
de aquellas horas que se han ido,
y de las horas que vendrán.

Lenta la tarde va muriendo...
¿No sientes tú, Desolación,
cómo la lluvia va cayendo
en nuestro pobre corazón?

Nuestro sendero está encharcado;
se hunde en el barro nuestro pie,
y en él dejamos enterrado
cuanto no ha sido y cuanto fué.

Y en la humedad del barro, yertos,
libres de amar y de sufrir,
somos lo mismo que dos muertos
que se comienzan á pudrir!

III

A la influencia de la Primavera,
de este aire tan húmedo y tan fresco
que al salpicar de lluvia nuestros rostros
eriza de lujuria nuestro vello,
cosquilleando sobre la epidermis
con la furtiva rapidez de un beso,
sentimos en el alma y en la carne
un íntimo y sutil florecimiento,
cual si la sangre se trocase en rosas
y en líbricos claveles los deseos.

Disípase la música del agua ;
relámpagos de azul rasgan los cielos,
y las gotas de lluvia se evaporan
entre el verdor de los ramajes nuevos.

Como Werther dejar abandonado
en la cumbre del monte mi sombrero,
y descender al valle, con las nieblas,
goteantes de lluvia los cabellos.

Resuenan sordas voces en la bruma ;
bajo el trémulo gris del aguacero
se esfuma el bosque secular, y humean
los viejos troncos y los brotes tiernos...

Resbalan nuestros pies, como en las tenues
é inconclusas carreras de un ensueño. .

¡ Tu casita á lo lejos, tu casita
al final de la senda!... ¿ No la veo
porque empaña la lluvia mis pupilas,
ó porque de llorar me quedé ciego ?

¡ Tu casita en el campo! .. ¡ Tu casita
en cuyos muros tiembla el aguacero,
mientras tú, silenciosa, en la ventana
contemplas, vagamente, como en sueños,
las lágrimas de lluvia que resbalan
sobre el cristal que empañas con tu aliento,
para escribir lo efímero de un nombre
con la enferma blancura de tus dedos!

IV

Obscura nube el cielo vela...
La tarde tórnase sombría...
¡Oh, la lluvia!... ¡Alegria
de los niños que no tienen escuela!

Lenta la lluvia al suelo baja,
y con sus nieblas amortaja
huertos, viviendas y tapias...
Llora humedades en los muros,
y en arcos trémulos y oscuros
lanzan sus chorros las canales.

Libres de números hostiles,
de la palmeta y la lección,
cantan las voces infantiles
desde algún viejo portalón:

—¡Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva!...

¡Yo no sé qué daría
por sentir otra vez esa alegría!...

¡Corretear alegre y jadeante
recibiendo la fresca sensación
de las gotas de lluvia en el semblante
ó el chorro de algún sucio canalón!

Y cantar otra vez, palmoteando,
mientras tenaz la lluvia va formando
en la calleja pedregosa un río,
en la puerta del viejo casarón
— ¡del viejo casarón que ya no es mío!—
la ingenuidad de la infantil canción:

— ¡Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva!...

Obscura nube el cielo vela,
la tarde tórnase sombría...
¡Oh, la lluvia!... ¡Alegría
de los niños que no tienen escuela

V

Bajo los cielos lóbregos y oscuros
parece estar desierta la Ciudad.
Deja la lluvia en los parduzcos muros
sangrantes cicatrices de humedad.

En la plaza encharcada se refleja
como sobre una losa sepulcral,
entre árboles raquíticos, la vieja
y parda mole de la Catedral.

Con su perro de lanas, por la acera
cruza un ciego, y monótona su voz
bajo la lluvia implora lastimera:
— ¡Una limosna por amor de Dios! —

VI

Persistentemente
la lluvia se siente
sobre los cristales
lenta gotear...
¡Mis pobres rosales
se van á secar!

Cabecita loca,
¿por qué me provoca
al beso tu boca?

Mientras gime el viento,
sólo anhelos siento
de dar al quebranto
del alma salida...
Deshacerme en llanto...

¡Tener una herida,
por donde muy lenta
se fuese la vida
sin darme yo cuenta!

Cabecita loca,
¿por qué me provoca
al beso tu boca?

VII

Mi corazón, mi corazón te espera
detrás de la empañada vidriera,
Virgen Melancolía...
Tú, que has sido mi eterna compañera,
¿podrás abandonarme en este día?

La lluvia tiembla en el balcón. Resbala
su llanto persistente en los cristales,
y una fúnebre luz entra en la sala
á amortajar lo insomne de mis males.

Un recuerdo murmura á mis oídos
versos interrumpidos
por algún labio de besar sediento,
mientras por los jardines cruza el viento
secando flores y tronchando nidos.

Para mi corazón es necesario
recordar y olvidar... ¡Melancolía,
vuelve á mi hogar adusto y solitario
á fundir tu tristeza con la mía!

Mira: llueve, hace frío...
Hasta la fosca luz entra temblando
á iluminar mi corazón vacío,
sepulcro que algún muerto está esperando.

Siento un hondo temor entre estas luces
fúnebres de la tarde... Sufrí tanto,
que mi existencia está llena de cruces
y de sepulcros, como un camposanto!

Mi vida apenas tuvo Primavera.

La Alegría

esa procaz y lúbrica ramera,
como de todos, fué un instante mía...

Sólo me quedas tú, Melancolía...

¡Ven, que mi triste corazón te espera,
temblando de terror y de agonía
detrás de la empañada vidriera!

VIII

Húmeda ráfaga de viento
vierte un olor primaveral
en la quietud de mi aposento...
Tiembla la lluvia en el cristal...

Alguna gota fugitiva
moja lo blanco del papel,
ó deja, al salpicarme, una lasciva
caricia de frescor sobre mi piel.

¡ Sensación húmeda y fragante,
lujuria rápida y sutil
de la gota que rueda acariciante
sobre algún párpado febril !

Se hincha el linón del cortinaje
igual que un seno de mujer...
Tras el cristal, se ve el paisaje
bajo la lluvia anochecer...

Una campana lenta reza
en algún triste funeral...
¡ Bajo la lluvia, su tristeza
es otra lluvia de cristal !...

¿ Será, quizás, una doncella
muerta de amor y juventud ?
¡ Resaltará su faz tan bella
sobre el blancor del ataud !

Bajo la lluvia, al camposanto
la irán, en hombros, á enterrar...
Hasta en los cielos habrá llanto
al ver su féretro pasar...

Y los naranjos de flor leve
que ornan las sendas de la paz,
verterán lágrimas de nieve
sobre la nieve de su faz!

El llanto enturbia mi pupila,
mientras con lúgubre rumor
lenta la lluvia se deshila
sobre los árboles en flor !

IX

Hay ráfagas de lluvia en los cristales,
y á través del stor resbala lenta
como una angustia lívida de plomo
de la tarde de Otoño la tristeza.

Se apaga la espiral del pebetero,
y las pupilas de sopor se cierran
mientras sobre los libros del estudio
nuestra labor interrumpida queda.

El cansancio es tan hondo y tan pesado
que se hiela la sangre entre las venas,
y pensamos morir bajo la lluvia
amortajados por las hojas secas...

Flotar como un cadáver en las ondas
de una corriente, y detenerme apenas
entre los verdes juncos del remanso
que copia el viejo puente de la aldea,
para seguir rodando hacia el olvido
del tenebroso mar de la existencia,
bajo el llanto perenne de los cielos
y el sudario plumizo de las nieblas.

X

La pena
serena
de este Mediodía
pálido y lluvioso,
olvido y reposo
brinda al alma mía.

¡ Reposo y olvido
de todo
cuanto lodo ha sido
y se tornó lodo !

¡ Oh, nubes, sois buenas
para los rosales
y las azucenas;
pues todo en la tierra
— prados y eriales —
algo bueno encierra!

Tan solo, perdida,
cual flor deshojada,
esta estéril vida
no sirve de nada!

XI

¿Dónde vas? En la noche funeraria
se pierde tu plegaria,
como esos dobles que en los campanarios
arranca el vuelo de la tempestad.
Se borran los caminos solitarios
bajo los miedos de la obscuridad.

Sólo el fugaz relámpago en la altura
cual sangrienta pupila parpadea,
y á su sulfúrea luz rauda fulgura
la lívida blancura
de la desierta y encantada aldea.

¿A dónde vas? La noche es como un crimen
perpetrado en las sombras. Ronco gimen
los árboles que ondulan, como ahorcados
pendientes de la soga;
y el terror nos ahoga
en los hoscos caminos encharcados.

Aulla el viento á la muerte en las callejas,
y á sus profundas y ululantes quejas
se santigua el enfermo desvelado,
y temblando de miedo sobre el hielo
á la divina protección del cielo
se encomienda el viajero extraviado.

Para espantar los miedos de algún niño,
meciendole en la cuna con cariño
la joven madre, dulcemente canta...

El terror nuestros miembros paraliza;
nos ahoga el espanto en la garganta
y hosco pavor nuestro cabello eriza.

¿A dónde vas, fantasma del pasado,
suelto el cabello al viento húmedo y frío
y pálido como un desenterrado?...

No busques restos de tu juventud...
El hogar de tu amor está vacío...
¡Sólo te espera un lecho : el ataúd!

XII

Horas de lluvia y de pereza...

La cabeza

siente nostalgias de un regazo

donde inclinarse á reposar .

Nos cansa hasta mover un brazo

y nos fatiga hasta el hablar .

Son nuestros párpados de plomo...

La vida es como

enorme cruz que nos aplasta...

Sentimos ansia de dormir,
cerrar los ojos fatigados hasta
morir...

Todo se borra y desvanece:
recuerdos, sueños... Nos parece
que el mundo en torno nuestro se desploma;
le falta tierra á nuestro pie...
(¿Cuándo regresa la paloma
que por la oliva al campo fué?).

Un puente cruza nuestro pie, pendiente
sobre dos precipicios, al acaso;
y crujen bajo nuestro paso
las rotas tablas de ese puente...

Vemos lo negro del abismo,
y nos domina la atracción
de hundir en él el fatalismo
de nuestro viejo corazón...

Algo muy vago, nuestro afán espera;
se siente un ténue amor hacia la muerte,
y anhelamos, cansados de sufrir,
una mano certera
que de una puñalada nos liberte
del cansancio supremo de vivir...

¡Oh, por qué no tener un enemigo
que espiando en las sombras, sin testigo,
á nuestro pobre lecho se acercase
con cautelosos pasos de ladrón,
y con un golpe de puñal parase
los latidos de nuestro corazón!

XIII

Vierte la tarde en todo su tristeza...
Parece que algo muere... Se diría
que es la lenta agonía
de la Naturaleza,
si no lo fuese de la vida mía!

Tristeza de la tarde, yo te siento
filtrante en mis entrañas... Gota á gota
se desangra mi pobre pensamiento
por las arterias de mi vida rota...

¿Qué quedará de mí? Polvo en el viento
á otros polvos fundido
que empañará lo verde del paisaje...
Un sáuce melancólico: el olvido
ocultando mi tumba en su ramaje...

La luz se va, callada y lentamente,
como el agua del río
bajo los viejos arcos de la puente...
¡Todo en mí y en la tarde está vacío!

RIMAS SINCERAS

A. Valentin Brandau.

I

Odio la línea recta. Me fatiga
el horizonte igual de los desiertos.
Me asfixia la prisión. Amo la vida
libre, como los pájaros del cielo..
¿Por qué indagar á dónde van mis pasos,
sí nunca he de saber de dónde vengo?

Sin ley ni Dioses, sin ningún fantasma
de los que engendran el dolor y el miedo,
mordiendo el fruto verde de la vida
con mis voraces dientes de lobezno.

Cantando porque sí, porque los cantos
afluyen á mis labios, porque siento
un ansia de cantar todas las glorias
que acumuladas en el alma llevo...

Saciar mi sed en todas las corrientes,
cojer con mano audaz cuanto deseo,
y llorar ó reir por cualquier cosa,
por una puñalada ó por un beso.

Galopar en el potro del Instinto,
hundido el acicate y roto el freno,
y que sigan, ladrando, mi carrera
el Bien y el Mal, como irritados perros.

Y así, perderme por la senda oscura
en la noche infinita de los tiempos,
sin dejar tras mis pasos más que el vago
y efímero perfume de mis versos.

II

La tarde es un suspiro de amatistas,
la brisa un leve aliento de violetas...
Toda mi vida es un sollozo ténue
de viejos sueños y de penas nuevas...

Una campana vierte en el crepúsculo
la metálica paz de su tristeza...

Las hojas, lentas, vuelan de las ramas...
Lágrimas que derrama la arboleda
por el Otoño, por las vidas tísicas,
que invisible segur abate y siega...



Esta vaga inquietud de golondrinas
que en los pálidos cielos se dispersan
sin saber dónde van, dejó su nido
abandonado entre las vigas viejas.

Los labios melancólicos se callan,
y nuestros ojos lúcidos contemplan
tras los grises cristales del Otoño
la lenta lluvia de las hojas secas...

III

El parque gris. Las largas avenidas
húmedas y encharcadas
donde en horas de sol tiemblan las móviles
sombras de las estatuas.

El viejo parque gris ha florecido.
Su verde corazón siente nostalgias
de antiguas primaveras,
y sueña con las blancas
siluetas fugitivas de otros días:
rumor de risa y seda entre las ramas.

Su espíritu de nuevo resucita
en la canción equívoca del agua
que brota de los viejos surtidores
en un sonoro resplandor de plata,
y entre las ramas trémulas de luna
mientras los nuevos ruiseñores cantan,
vaga como un perfume de jazmines
soñando con las cosas olvidadas.

¡Oh, los viejos idilios de otros días!
¡Oh, los besos furtivos, las palabras
dichas á media voz, mientras se oprimen
las manos temblorosas y enlazadas,
y se vuelven los ojos ojerosos
y las pupilas se nos tornan pálidas!

¿Dónde fué la ilusión? Jamás ha vuelto
á cruzar las veredas solitarias,
preguntando á las blancas margaritas
la suprema pregunta de las almas...

Y el parque se deshoja de tristeza
bajo los rayos de la luna blanca...

El parque gris... Las largas avenidas
húmedas y encharcadas
donde en horas de sol tiemblan las móviles
sombras de las estatuas!

IV

 Mi vida es como un árbol que en Otoño
se entrega á los caprichos de los vientos.

 Sus hojas amarillas, una á una,
al temblor de la brisa van cayendo,
muy lentas y muy tristes, como lágrimas
de algún dolor oculto y sin consuelo.

 ¡Oh, tú que llegas á mis huertos, pasa
sin pisar esas hojas que en el suelo
como rosas marchitas se deshacen. .
 ¡Son las cenizas de mis pobres muertos!

V

Mis ilusiones fueron como el humo
de la hoguera que encienden los pastores,
que surge y se disipa entre las sombras
pavorosas y frias de la noche.

Yo perseguí las huellas de tus pasos
por los huertos floridos y los montes,
Amor, y sólo hallé rastros de sangre
y algún pájaro herido entre las flores.

Señor, Señor, ¿por qué del lodo inmundo
formaste la materia de los hombres,
si das también al pensamiento alas
para que al cielo tienda y se remonte?

¡Oh, mejor que ser hombre hubiera sido
ser como un árbol fértil en el bosque
para albergar las aves de los cielos
y derramar fragancias y canciones!...

¡Oh, mejor que ser hombre hubiera sido
ser una fiera errante por los montes,
para aullar, en un claro de la luna,
á los astros que copian sus fulgores
en los vivos cristales de las fuentes
que turban el silencio de la noche!...

VI

Oh, pobre desterrado que caminas
sin norte y sin hogar sobre la tierra,
sin escuchar los cantos de tu patria,
ni aspirar el olor de sus florestas !

Vas deprisa, curvado de cansancios,
sin poder detenerte, como esas
flores marchitas que por los senderos
la rapidez del huracán dispersa...

¡Cuántas veces, sentado en los peñascos
que las olas del mar bañan y besan,
llorarás contemplando algún navio
que al viento hinchadas las movibles velas,
leva anclas, buscando de tu patria
las verdes y nostálgicas riberas!

¡Oh, qué habrá sido de la vieja casa
que entre las frondas del jardín blanquea?
¿Qué de la novia, que tras los cristales
siempre llorando contemplar espera
entre la polvareda del camino
la sombra de tu trágica silueta?

¡Pero es más triste que tu negra suerte
ser desterrado en nuestra propia tierra;
hablar á todo el mundo en su lenguaje
sin que ninguno nuestra voz comprenda!

VII

Rotas, pendientes de los altos muros,
como ex-votos colgados ante el ara
de los viejos recuerdos, se deshojan
las antiguas y místicas guirnaldas.

A la luz vacilante de los cirios
las hojas se desprenden como lágrimas,
y una á una, muy lentas y muy tristes,
el polvo de sus pétalos derraman.

Y en la vieja hornacina que ilumina
la lívida agonía de una lámpara,
un tosco crucifijo abre los brazos
y dobla la cabeza ensangrentada
por las vivas espinas. A los cielos
se eleva la inquietud de su mirada...
Parece suplicar: — ¡Dejadme solo
que ya para mi mal no hay esperanza!

Si los clavos se hundieron en mis carnes,
si mi costado traspasó la lanza,
¿por qué abrazadas á mi cruz llorais
si no me harán resucitar las lágrimas?

¡Dejad, mujeres, á ese Cristo solo
que á la luz moribunda de la lámpara
acabe de expirar en el olvido
bajo el trágico polvo de la Nada!

VIII

Esta tristeza que devora el cuerpo,
dolorosa y voraz como una úlcera,
¿de qué eterno dolor herencia ha sido
que ni se cierra ni se acaba nunca?

Tristeza de la carne... sordo hastío
tras fugitivas horas de lujuria...

Purifico mis labios cuando beso
como al contacto de una cosa impura...

¡Muerdo mis manos porque no acarician!
¡Cierro los ojos por no ver desnuda
mi ilusión, temeroso que al quitarle
sus velos, surja de la carne inmunda
como malsana floración de rosas
los labios de las llagas y las pústulas!

IX

Estoy triste, Señor, estoy tan triste
que mi sombra proyéctase en el muro
como la de un fantasma que viniese
sus çuitas á llorar desde otro mundo.

Llega, desde muy lejos, un recuerdo
huraño, ciego, pensativo y mudo,
lleno de polvo, como si acabara
de alzarse de las piedras de un sepulcro.

El índice en los labios, á mi lado
se sienta, y no contesta si pregunto...
Tan sólo se contenta con mirarme
con sus ojos sin luz, de llanto turbios.

¡Ojos, quizás, que en una despedida
reflejaron los miedos del crepúsculo;
ojos que un labio amante cerraría
sobre la inmóvil faz de un moribundo!
¡Ojos que fueron míos... no sé donde,
no recuerdo si en sueños ó en el mundo...
Ahora tan solo sé que me querían,
que fueron fieles y lloraron mucho!

X

La luz se va... Se va de nuestra estancia...
Sólo tiembla fugaz algún destello
en el oro dormido de los cuadros
y en el cristal insomne del espejo...

Se va la luz, como por una herida,
gota á gota... Presiéntese el silencio
palpitar bajo el velo de la sombra
con un latir de corazón enfermo.

Es nuestra luz la que se va... Se quedan
mudos los labios y los ojos ciegos...
Son fugaces destellos nuestras almas
y estatuas de penumbra nuestros cuerpos.

¡Sombra que llegas hasta mis tinieblas,
mis ojos no te ven, pero te siento
resbalar por las sedas de la alfombra
como un frágil rumor de terciopelos!

¿Eres mi cuerpo que retorna al alma
ó eres el alma que regresa al cuerpo?

XI

Nuestro cuerpo es cual pródiga morada
en el recodo de un camino abierta
á todos los espíritus que cruzan
el destierro florido de la tierra.

Entran y salen y lo llenan todo
de risas, de suspiros y cadencias...

Y hasta á veces, alguno también llora
mientras aulla el viento en las florestas,
á la luz del hogar, entre las manos
ocultando su pálida cabeza,
porque siente en la paz de su destierro
las perennes saudades de una estreña.

XII

Tú no eres tú. A veces me parece
que se te escapa el alma y un demonio
ocupa su lugar, y su mirada
fosforece en las sombras de tus ojos,
proyectando en mi vida la violencia
de insomnes celos y tenaces odios.

Y pienso entonces en la aguda punta
de traidores puñales, en los rojos
labios mortales de una fresca herida,
en los ojos pasmados y vidriosos,
y en la canción de amores que se escapa
por las ventanas de los calabozos.

Y mis uñas se clavan en las sienes
hasta sangrar, y, ahogando mis sollozos
muerdo mis propias manos, y estremece
todo mi cuerpo un estertor agónico.

Tú no eres tú. A veces me parece
que se te escapa el alma, y á tus ojos
se asoma un Angel á alumbrar mi senda
y disipar mis pensamientos foscos.

Pienso entonces en místicos idilios,
en el silencio de los claustros góticos,
en los cirios que alumbran los altares
y en los sonoros éxtasis del órgano.

Y siento que mi vida se disuelve
de piedad, de ternura y de abandono,
como grano de incienso entre las ascuas
de un incensario de záfir y oro.

XIII

Vagar, vagar por todos los caminos,
sin saber dónde vamos, ni en qué senda
se alzará bajo el brillo de los astros
el nómada perfil de nuestras tiendas.

Caminar, caminar sin rumbo fijo,
igual que un torbellino de hojas secas,
sin saber qué desdicha nos aguarda
ni qué dolor oculto nos azecha.

Y siempre el polvo, el sol, la sed y el hambre,
y la lluvia y el viento y las tinieblas,
y el aguijón del áspid, los abrojos,
y las feroces zarpas de las fieras...

Sangrar por mil heridas; vivir siempre
en un grito de angustia, en una eterna
inquietud, para al fin ir á pudrirse
bajo el húmedo olvido de la tierra!

XIV

En los hondos silencios del olvido
se deshace mi vida solitaria,
como esos viejos barcos que ya inútiles
se pudren en las rocas de la playa.

Para labrar la nave cayó un bosque
entero bajo la invasión del hacha.

Y las gentes de un puerto muy remoto
la vieron á la luz de la mañana
zarpar en pos de lo desconocido,
con las móviles velas desplegadas,
rasgando, como un cisne, con su prora,
el azul terciopelo de las aguas.

Tripulada por nobles ambiciones,
á compás de las liras y las flautas,
se perdió como un gran sueño de gloria
en el confuso gris de la distancia.

Un loco soñador, sobre la prora
fijas en el espacio las miradas,
como buscando la silueta ignota
de alguna nueva y fabulosa Adlántida,
al peligro y al tiempo sonreía,
mientras aullaba el viento entre las jarcias.

Paisajes de Ilusión, costas de oro,
ciudades populosas y fantásticas,
con palacios tallados en diamantes
y jardines cubiertos de esmeraldas...

¡Las Islas del Amor!... Islas de rosas
donde desnudas, bajo verdes palmas,
las vírgenes morenas del Deseo

á los esposos de su sueño aguardan...
¡Todo en el fondo azul de sus pupilas
en visiones extáticas soñaba!

Y pasaron los años como un rápido
temblor de gaviotas sobre el agua;
y poco á poco, sucumbieron todos
los nobles que la nave tripulaban,
y en el fondo del mar fueron á hundirse
amortajados en sus esperanzas...

Solo el loco quedó sobre la prora,
fijas en el espacio las miradas,
como buscando la silueta ígnota
de alguna nueva y fabulosa Adlántida.

Hasta que en una noche tenebrosa
hizo encallar la nave la borrasca,
entre los arrecifes y las rocas
de una desierta y misteriosa playa.

Y allí se pudre el barco lentamente
cubierto de moluscos y de algas,
mientras sobre la prora un esqueleto
clava en los horizontes la mirada,
como aun buscando la silueta ignota
de alguna nueva y fabulosa Adlántida.

XV

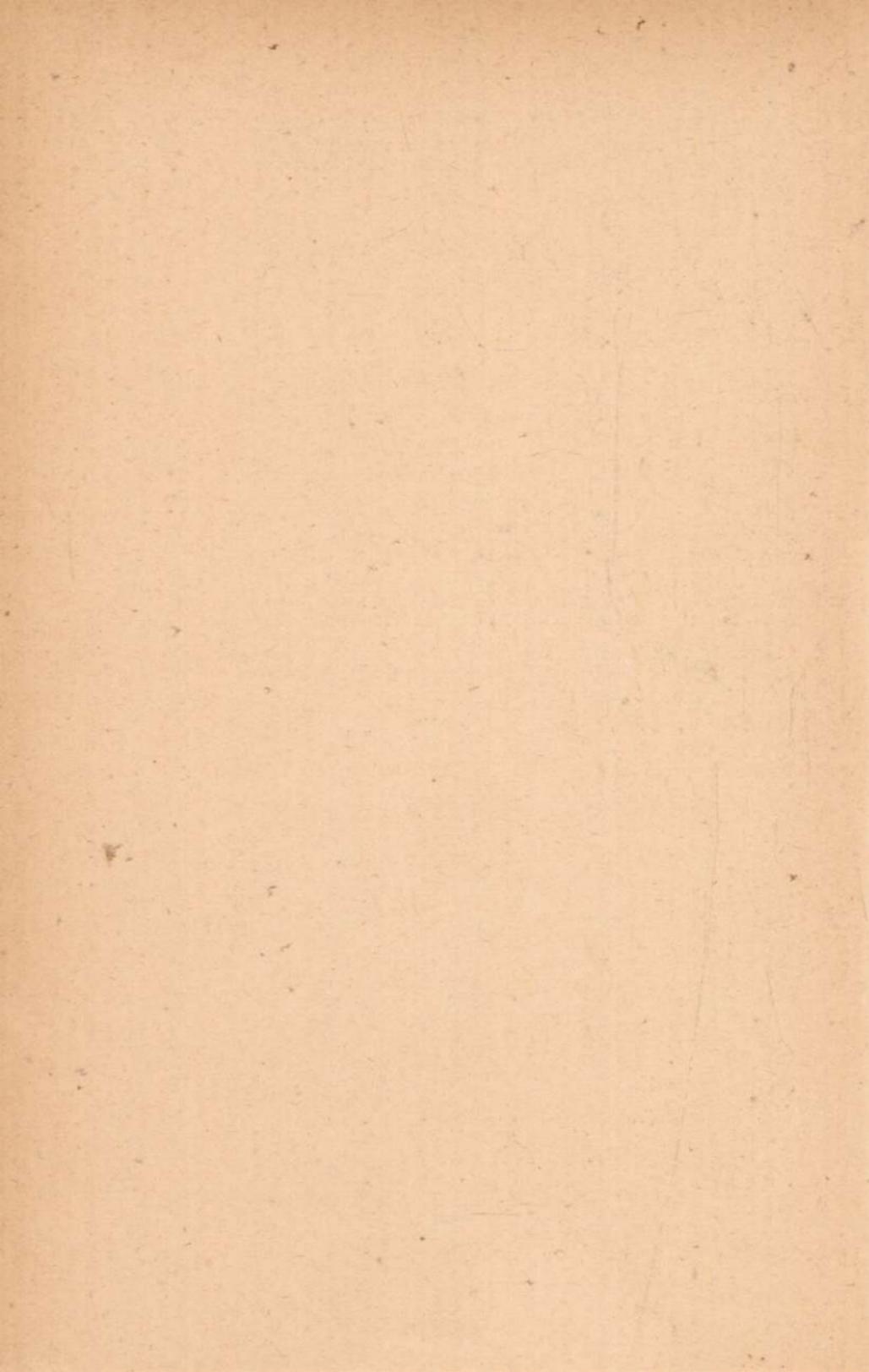
Abrí los ojos y me hallé en la cumbre
más alta del Espíritu,
y sentí las nostalgias de los astros
y la atracción oscura del abismo.

La música inmortal de las estrellas
pasaba, sin sentir, por mis oídos
sordos de indiferencia para todo
lo que no fuese el canto fugitivo
de la Sirena que en lejanas playas
hizo encallar por siempre mi navío...

Quiso mi vista escudriñar los cielos
y sondar las tinieblas del abismo;
pero mis ojos nada vieron, siempre
en el recuerdo y en la imagen fijos
de aquella sombra que absorbió mi alma
con sus voraces labios de vampiro.

Quise poblar mi soledad de sueños;
cerré los ojos, y tan sólo vino
á ofrecerme su cáliz de amargura
el inmóvil fantasma del Hastío...

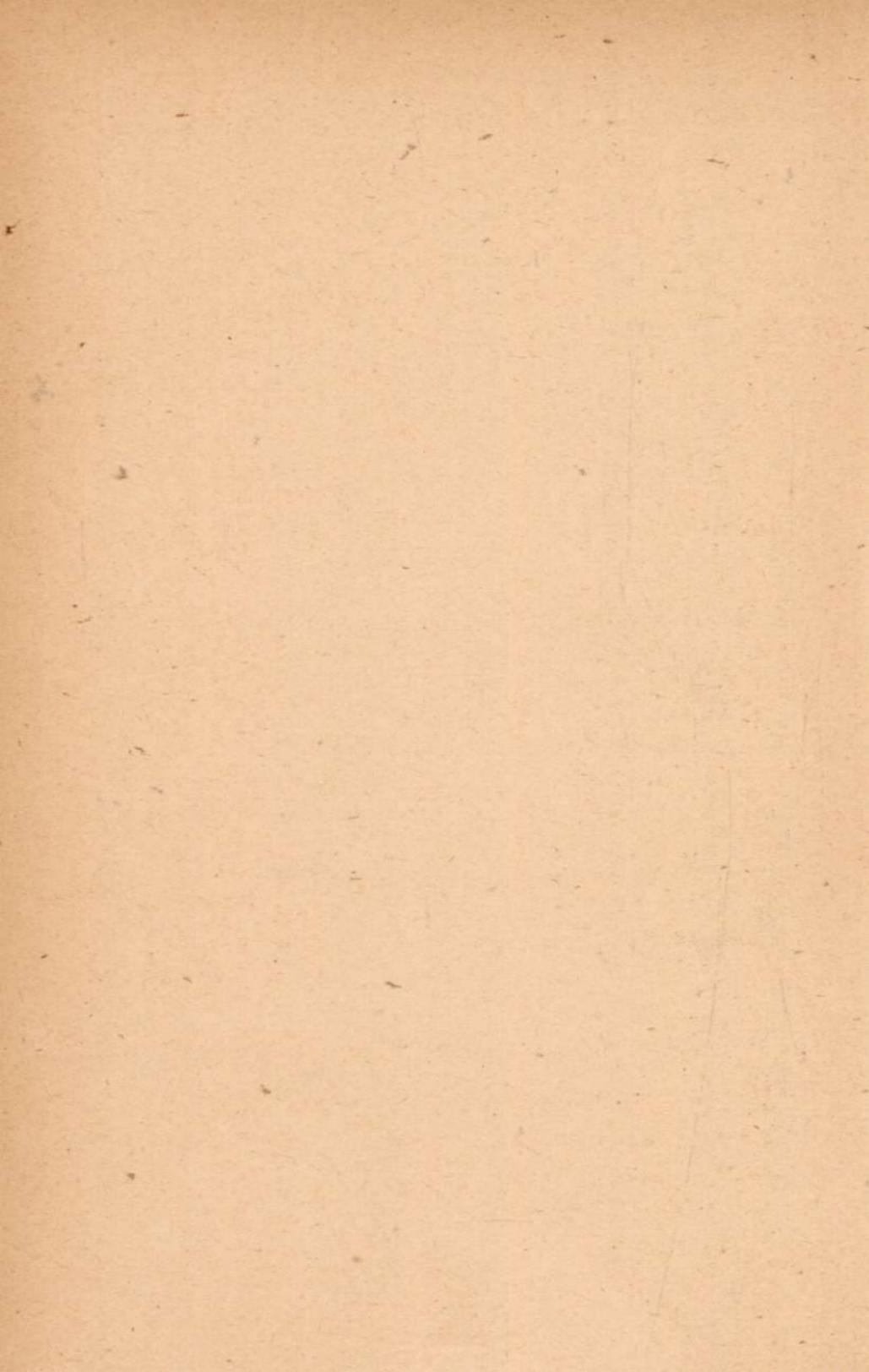
Y me encontré tan lejos de los hombres
y tan sólo me hallé conmigo mismo,
que sentí que erizaban mis cabellos
las ráfagas heladas del Suicidio.



GRITOS DISPERSOS

A Manuel Ugarte





I

Entre la polvareda profusa del camino
el lírico viajero canta. Su juventud
eterna como el mundo, ebria de amor y vino,
camina hacia la aurora, enferma de inquietud.

El Ángelus asciende. — Detente, hombre del llano,
ante esa voz que es bálsamo contra todo dolor,
y ve cómo se abre la piedad de su mano
sobre el surco, en un amplio gesto de sembrador.

Dará ensueños y alas á tu vida mezquina
y su verso piadoso será la golondrina
que te arranque la espina de la sien, en la cruz.

Y será ¡oh, soñadora! quien enjague tu herida
y á través de la Muerte te conduzca á la Vida
en la lírica grupa de su corcel de luz.

II

Todo se va... En el vértice de los cipreses muere
desangrándose un lento crepúsculo de oro,
y dedos invisibles al órgano sonoro
de las fuentes arrancan un lento miserere.

Las sombras van surgiendo. La leyenda dormida
despierta de su sueño de polvo y de pereza,
y entre las manos pálidas se inclina la cabeza
y sueña hasta que pierde la noción de la vida.

El alma ya no es alma... Es tristeza infinita,
blanco rosal que sueña, cipresal que medita,
en el hilo de agua suspira temblorosa...

Es musgo, es oro pálido, es mármol en la fuente,
y perfume de adelfa que en la alberca verdosa
hoja á hoja se deshoja melancólicamente.

III

Lleno de unción, inmóvil, tiene el paisaje inerte
cuando la luz morada del crepúsculo expira
la rigidez severa del asceta que mira
rasgarse ante sus ojos los velos de la muerte.

El banco solitario bajo un ciprés, convida,
á inclinarse en el cándido regazo de una hermana,
y así, oyendo el lejano doblar de una campana,

cerrar eternamente los ojos á la vida.

Sus manos en mis manos, reclinada la frente
en su hombro ó en su falda, dormir eternamente...
Soñar, soñar que somos dos rosas otoñales,

que en una tarde mística de azul recogimiento
al clarear la luna, deshoja el mismo viento
del verde estanque sobre los trémulos cristales.

IV

Desnudaré mi cuerpo del dolor que le abrasa
y vestiré mi espíritu de perenne alegría...
¡Ven, que ya están abiertas las puertas de mi casa
y te espera, temblando de amor, el alma mía!

¡Amada, tus pupilas son un pozo encantado
donde sueña la luna, tu boca una granada
recién abierta... Eres como un huerto cerrado
y tienes el misterio de una fuente sellada!

Tus manos de azucena, tus ojos de paloma..
¡Ven, amada y mis hoscas soledades aroma
con tu carne de ensueño!... Será el idilio eterno.

¡Ven, que aterido y yerto mi corazón te espera,
y serán tus amores como una Primavera
perfumando el helado cadáver del Invierno!

V

Vi el negror de tus ojos entre las celosias.
Su misterio insondable mi corazón ha herido,
y tristes desde entonces van pasando mis días...
Mi mal no tiene cura ni mi dolor olvido.

Un instante tan sólo sentí vuestros destellos
envolverme en su fiebre, grandes ojos sombríos;
¡ojos ébrios de noche, que acaso sois más bellos
porque nunca ni en sueños podré llamaros míos!

A veces en mi eterna y ardiente pesadilla
vuestro ardor en el fondo de mis tinieblas brilla,
y bajo el negro y fúlgido sol de vuestra mirada

mi corazón se angustia y se muere de frío...
Mi carne es una hoja que tiembla en el vacío
y mi espíritu es humo que se pierde en la Nada

VI

Atraviesas mis sueños como una gaviota
augurando la bárbara tempestad que presientes.
Mi vida es en tus manos como un ánfora rota
y mi carne manzana madura entre tus dientes.

Te acoges á mis brazos y de terror vacilas,
y te vas y de nuevo mi vida dejas sola...
Tienes el glauco encanto del mar en las pupilas
y en tu alma la inconstancia salobre de la ola.

El peligro me atrae. Ante tus plantas rendido
te entrego la postrera floración de mi ensueño
que el viento helado y húmedo del otoño deshoja...

Yo sé que tu inconstancia me arrojará al olvido
igual que esos cadáveres que abrazados á un leño
en las desiertas playas, el mar, voluble arroja.

VII

Como una melancólica virgen convaleciente
que ve morir la tarde desde su mirador,
la infinita amargura del crepúsculo siente
mi juventud enferma de un viejo mal de amor.

Y aspira entre las brisas, con ansia que le hace
suspirar de tristeza hasta desfallecer,
el perfume que muere y el perfume que nace,
las rosas del mañana y las rosas de ayer.

¡Qué te brinda el futuro, enferma desahuciada?
Caminas tras el velo de una sombra indecisa
y te esperan abiertas las fauces de la nada...

¿Qué encantos el pasado ofrece á tu ilusión?
Dos nombres femeninos, un beso, una sonrisa
y algunas cicatrices sobre tu corazón.

VIII

Bajo el sol y la luna desnudaré mi vida
cual la marmórea estatua de un Dios, abandonada
entre las frescas rosas de una selva florida,
sobre el cristal de ensueño de una fuente encantada.

A sus plantas las vírgenes el cinturón descíen
y se entregan, desnudas; y en las fiestas campestres
los líricos viajeros sus nobles sienes ciñen
con guirnaldas de anémonas y cidámos silvestres.

Y en la profunda y amplía cicatriz de una herida
todas las primaveras un ruiseñor anida.

Y cuando canta, saltan de gozo las praderas,

las aves se detienen y suspenden su canto,
y en torno de su plinto un círculo de fieras
se postra, con los ojos arrasados de llanto

IX

¡Amor, qué tarde arriba tu barca á mi ribera!
¿Con qué dones, amada, habré de festejarte,
si mi año de dolores no tiene Primavera
y á mis brazos les falta fuerzas para estrecharte?

¡Hace ya tanto tiempo que espero tu llegada,
que cegó mi pupila, fija en la lejanía,
á ver si se contemplaba la barca empavesada
que á mi eterna y estéril soledad te traía!

Y hoy, vestida de novia, hasta mi lecho llegas,
y á mis brazos, inútiles para el amor, te entregas...
Y en mi tálamo, aún virgen tu corazón se duerme...

Es tan triste decirnos en plena Primavera:
—¡En góndola de oro llegó el amor á verme
y tuvo que alejarse, solo, de mi ribera!

X

¡Pobre alma melancólica que te mueres de frío
en este hogar sin lumbre y sin amor, caminal...
Cruza el azul cantando como una golondrina
que abandona el cadáver de su nidal vacío...

Amortaja la lluvia los parques otoñales;
las rosas se deshojan bajo las nieblas grises...
Hazte flecha con alas, y vuela á los países
donde empiezan á abrirse los primeros rosales.

Al final de un sendero de altos olmos, te espera
una casita blanca llena de primavera...

A su puerta la fuente un fresco olor destila,

y una virgen bordando, cantos de amores lanza,
mientras la vieja abuela, cabeceando, hila
los cándidos vellones de su última esperanza.



XI

Tiene ante ti mi alma pudores de doncella
sorprendida desnuda. Se baja la mirada,
el silencio los labios súbitamente sella
y de la mano escápase la flor recién cortada.

Me ciega tu presencia, pero mi carne siente
el ardor de tus ojos que al corazón abraza...
¡Acuden tantas frases al labio balbuciente
pero ninguna el velo del silencio traspasa!

Hablas, y tus palabras van deshojando rosas
y estrellas; resplandecen las almas y las cosas
en una apoteosis de gloriosos destellos.

Y la creación entera de gozo queda muda...
¡Es como si de pronto, por la espalda desnuda,
descendiese el sedoso temblor de tus cabellos!

XII

La gloria de mi nombre fulgura sobre el muro
de tu cámara, y, todas las noches, mientras vela
tu carne en la esperanza de un abrazo futuro,
él la verdad del sueño que nutres te revela.

Tu lámpara de oro de pronto se estremece
cual si un labio invisible apagarla intentara,
y bajo el fino encaje tu corazón parece
como un reloj de angustia que de pronto se para.

En la sombra, al recuerdo de mi carne se entrega
tu carne, toda abierta como una gran herida,
y la ficción del sueño con tus ardores juega...

Y aun presa entre los brazos amantes de otro hombre,
siempre que á algún espasmo se abandone tu vida,
tus labios balbucientes pronunciarán mi nombre.

XIII

Te he de ver á la sombra de un árbol del camino
entre harapos mostrando tu carnación liviana,
ofreciéndote al hambre brutal del peregrino,
tendida sobre el césped como una barragana.

Y entregada al capricho del que quiera tomarte
añorarás la fiebre de mis ardientes besos,
y el ardor de mis rudos brazos, que al estrecharte,
en su ímpetu te hacían crujir hasta los huesos.

Vagarás por las ásperas sendas extraviadas...
De todos los poblados te echarán á pedradas...
No hallarás quien te abra la piedad de una puerta...

Envidiarás del lobo famélico el destino,
y una tarde de lluvia quizá te encuentre muerta
comida por los perros al borde del camino.

XIV

Como en la vieja torre de un palacio encantado
he guardado tu imágen dentro del corazón.
La defiende un gigante de una gran lanza armado
y la guardan las garras celosas de un león.

Cuando ni el polvo quede de tu recuerdo, entonces
los que quieran mirarte que te busquen en mí,
y encontrarán tu efigie esculpida en mis bronce
y tu áureo camafeo tallado en un rubí.

¿Olvidarte? ¿Qué ojos podrán darte al olvido?
De nuevo sufriría todo cuanto he sufrido;
apurarán mis labios toda una eternidad

de amargura y de llanto, por volver á mirarte,
pasar por mi existencia, reanimando mi arte,
con un súbito espasmo de voluptuosidad.

XV

La noche me hace inmóvil. Entre las sombras quedo
paralítico y ciego, sentado en un sillón.

Me fijo, y nada miro; voy á hablar, y no puedo;
me toco, y no me siento latir el corazón.

Sin embargo, la noche es buena y dulce. Alegra
con su silencio al alma fatigada de oír...

Es cual la vieja sombra de una nodriza negra
que nos salta los ojos para hacernos dormir.

Me salgo de la vida, y en mí mismo me pierdo...
La noche son las alas del Angel del Recuerdo...
¡ Es la desenterrada sombra de lo pasado !

Tiene un temblor de cirios rojos, y su quietud
exhala ese perfume acre y apolillado
que despiden las rotas tablas de un ataúd !

SALMODIAS DEL CORAZÓN

A Delmira Agustini.



I

De mi existencia hostil é inquieta
fuiste la eterna maldición...
¡Me ha traspasado tu saeta
de parte á parte el corazón!

Manando sangre por la herida,
con mano firme deshojé
la flor estéril de mi vida
como una ofrenda ante tu pie.

Ebrio de orgullo y de cariño...
(¡Era tan débil y tan niño!...)
Mas no tuviste compasión...

Mientras tu pie lo destrozaba,
¡con qué ternura palpitaba
bajo tu pie mi corazón!

II

El cadáver de la tarde
se lleva, flotando, el río...
En el cielo azul de estío
la primera estrella arde.

La niebla amortaja en una
sombra de paz el camino,
y los perros del molino
ladran, lentos, á la luna.

¡Santíguate, pasajero,
al pie de la cruz de piedra
que con sus brazos de hiedra
divide en dos el sendero!

Paz, haya paz... tu camino
prosigue lento ó de prisa...
¡El desdén de tu sonrisa
es tu orgullo, peregrino!

Sigue la eterna jornada.
Tu pupila se ha cansado
de tanto como ha mirado
sin hallar belleza en nada.

La senda por donde vas
ayer triste recorriste.
¡Mañana también, mas triste,
de nuevo recorrerás!

Las más hermosas ciudades
son sepulcros blanqueados,
pudrideros de cuidados,
vanidad de vanidades.

Los vicios y las virtudes,
todo cuanto el hombre encierra,
se pudre bajo la tierra
con sus mismos ataúdes.

¡Y siempre caminarás
entre halagos y desdenes,
sin saber de dónde vienes
y sin saber dónde vas!

III

 Mi pobre corazón
vive en mi pecho igual
que un condenado á muerte dentro de su prisión
y un físico en el lúgubre lecho de un hospital!

 Para su trágica inquietud
la tierra sólo es
un peso de cadenas en sus pies
y la esperanza próxima de anónimo ataúd.

¿Es verdad que también como un rosal
tuvo su primavera y floreció,
y á la luz de la luna de una noche estival
hasta el alba en sus ramas un ruiseñor cantó?

Su juventud me hizo sentir
esa furente y lúbrica atracción
que lleva el labio al labio, hasta morir
en un inmenso beso de pasión!

El hizo en mis entrañas germinar
el amor á la vida, y de placer
enloqueció á mi carne, al palpitar
bajo una blanca mano de mujer.

De aquel tiempo feliz,
sólo guardas, ¡oh, pobre corazón!,
las cenizas de tu desilusión
y alguna mal cerrada cicatriz!

Todo lo amó tu frenesí,
y como á todo diste amor
nada ha dejado para mí
que estoy muriendo de dolor!

Enseñaste á mis labios á gozar
todas las glorias del vivir,
y ahora no vales ni el pesar
que al pecho causa tu latir!

Muere de tedio, corazón,
dentro del pecho, igual
que un condenado á muerte dentro de su prisión
y un tísico en el lúgubre lecho de un hospital!

IV

Mi vida es como esa gaviota
que con el ala ensangrentada y rota
cayó sobre las ondas de la mar,
y entregada á merced de la corriente
camina entre las olas, inconsciente,
donde las olas la quieran llevar.

Acaso en una playa despoblada
la dejarán, al fin, abandonada,
ó en la cima de un áspero peñón;
ó acaso la recoja algún navío
para alegrar las murrias y el hastio
de su vieja y hostil tripulación.

Será juego de niños inhumanos,
ó sanará de nuevo entre las manos

de alguna extraña y misteriosa Mis
que abandonó la paz de los hogares,
para buscar en los revueltos mares
las costas de un quimérico país.

V

En la orgía
ciega del Destino,
¡bebe tú, alma mía,
hasta que tu copa —de hiel ó de vino—
se quede vacía!

¡Oh, de nada quieras
saber el por qué!...
Todo es imprevisto. Vendrá lo que esperas
igual que el remoto pasado se fué!

¡Pobre convidada
de mi cuerpo, grata séle á tu Anfitrión!
No te cuesta nada
alegrar sus tedios con una canción!

El te dió su sangre, te da su alegría,
y te hace la dueña de su corazón...
¡Sonrie, alma mía,
que va á llegar pronto la separación!

¿Que es pobre? ¡Qué importa! La pena le embarga,
y, porque no sufras viéndole sufrir,
lleva sonriente la pesada carga
del vivir...

Porque no te fueses de su compañía,
porque siempre juntos viviéseis los dos,
él, de puerta en puerta, mendigando iría
una limosnita por amor de Dios!

En la orgía
ciega del Destino,
¡bebe tú, alma mía,
hasta que tu copa — de hiel ó de vino —
se quede vacía!

VI

La noche es nieve y frío...
No duermas más... ¡Despierta,
y abre en la obscuridad, viejo amor mío,
á mi dolor romántico la puerta !

La senda está borrada...
¿No sientes
crujir mis huesos y chocar mis dientes ?
¡ Me estoy helando bajo la nevada !

Los lobos, erizados, me rastrean.
Sus ojos en la sombra fosforecen
y como fuegos fátuos me rodean...
¡Mis miembros y mi aliento desfallecen!...

¡Abre, mi amor; despierta,
que si no me protege tu cuidado
me hallarás por los lobos devorado
cuando á la luz del sol abras tu puerta !

VII

Siento que algo se extingue, cual si por una herida
se fuese, gota á gota, desangrando mi vida...

Es el reloj de arena que se muere de hastío,
muy lento, grano á grano, hasta quedar vacío...

Al vértigo del río entrego mi barquilla,
y ante mis ojos pasa la visión de la orilla

Tan rápida, que apenas á distinguir acierto
la luz de las tinieblas y un jardín de un desierto.

La vida pasa rauda, silbando, cual saeta
que un arquero invisible dispara hacia una meta

Para nuestra ignorancia mortal, desconocida...
¿Quién sabe dónde empieza y termina la vida?

¿Qué peregrino humano conoce su destino?...
Y, sin embargo, tiene su ruta el peregrino...

Nuestra lámpara en medio de la sombra agoniza...
¡Un débil soplo puede aventar su ceniza!..

La vida es un eterno signo interrogativo
entre un misterio muerto y otro misterio vivo.

Y entre los dos, á ciegas, temblando, caminamos,
sin saber si de cierto vivimos ó soñamos...

VIII

Son horas lluviosas de renunciamento.
Arroja á la playa sus muertos el mar,
deshoja los físicos rosales el viento..
¡Todo se ha perdido, hasta el recordar!...

El cuerpo es un nido helado y vacío
que dejó el Espíritu sobre algún sillón...
Flota nuestra alma como un gran navío
que surca las olas sin tripulación...

¿Dónde va el navío, sin velas al viento,
surcando el espacio como un pensamiento?
Va solo, al acaso, siguiendo las nubes,
las aves que emigran en busca de luz...
¡Oh, mi pobre alma! ¿por qué al cielo subes,
si dejas tu cuerpo sangrado en la cruz?

IX

Llevo sobre mis hombros una carga
de prejuicios tan grande, que me encorva,
que da á mi rostro una expresión amarga
y á mi mirada una tristeza torva.

Traigo, como esos santos peregrinos
que apoyados en místicos bordones
regresan de Betlhem, por los caminos
derramando piadosas bendiciones

Sobre el rebaño y sobre los sembrados,
sobre la gente y sobre sus moradas,
los ásperos cabellos desgrefiados
y las plantas de andar ensangrentadas.

Tanto vagué, que apenas si recuerdo
el lejano país de que he partido,
y sin saber adónde voy, me pierdo
en las sombras de lo Desconocido.

Y siempre, tras de mí, con paso incierto,
como una sombra se arrastró mi pena,
encorvada y feroz, como una hiena,
rastreado su presa en el desierto.

La memoria he perdido...
Sólo sabe mi alma desolada
que mucho más de cuanto ya ha sufrido
le resta que sufrir en su jornada.

X

Le dije al orgullo de mi pensamiento,
anciano curvado de tanto indagar
en la lengua gárrula del agua y del viento
todos los secretos del cielo y del mar.

¡Refrena el impulso de tus ansiedades!
Es muda la esfinge de lo porvenir...
¡No valen reunidas todas tus verdades
esta angustia eterna que me haces sufrir!

¡Que no vale toda tu sabiduría,
por más que encanezcas de tanto pensar,
lo que esa inconsciente é ingénuo alegría
que hace reír al niño y al ave trinar!

¡Mataste mis sueños! Tu ruda avaricia,
¿qué me ha dado en cambio en mi mocedad,
que por ti se muere como una novicia
física en las sombras de su soledad?

¿Qué me diste en cambio de tanto idealismo,
de tanto amor como te sacrificué?...
Este torturante terror de mí mismo
y este miedo eterno, sin saber de qué...

Turbaste mi alma con tu desvarío...
Mi fe arrebataste de tu duda en pos...
¡Y hoy, ante mis ojos, se extiende el vacío
donde antes reinaba la sombra de Dios!

¡Malditos los libros en donde aprendiste,
en la paz silente de tu soledad,
á mirar la vida tan negra y tan triste,
bajo el duro lente de la hosca Verdad!

Tu odio me enloquece... ¡Tú eres la más fiera
de todas las bestias que viven de mí!
Desgarras mis horas... ¡Oh, si yo pudiera,
matando mi vida, librarme de tí!

XI

Mi romántico ensueño te adivina
vestida con el gris de la neblina,
cruzar el viejo parque abandonado,
tendida al viento y goteando lluvia
tu destrenzada cabellera rubia,
como un rayo de sol anubarrado.

Se refleja en los charcos cenicientos
tu regio perfil blondo,
como en el verde y tembloroso fondo
de vetustos espejos polvorientos.

Y te pierdes fugaz en la avenida
interminable cual la propia vida
que custodian esfinges de granito,
dormidas entre acantos y entre hiedras.

Y á tu paso veloz, lanzan las piedras
un sollozo de amor al infinito.

¿Adónde vas, Visión? ¿Hacia qué vago
pais de nieblas emprendiste ruta?

¿Tienes tu regio alcázar en la gruta
encantada en el fondo de algún lago?

Belleza fugitiva y vaporosa
que diste á este crepúsculo lluvioso
un perfume romántico de rosa,
¿en qué lecho encantado hallas reposo?

Mientras el cielo sus tristezas vierte,
yo persigo tu huella en la avenida,
como persigue el ojo de la Muerte
los pasos fugitivos de la Vida.

XII

¡Caminito del camposanto,
senda de paz
por donde siempre vuelven menos
de los que van!

En los crepúsculos de oro,
bajo la púrpura otoñal,
las arboledas que te ensombran,
¡cómo comienzan á llorar
sus hojas secas sobre aquellos

que, yerta y pálida la faz,
y en cruz las manos, entre flores,
cabeceando lentos van
en los oscuros ataúdes
que en hombros llevan á enterrar!

En las tinieblas de la noche,
¿no visteis trémulos brillar
luces medrosas de ciriales
al son de un canto funeral?

Tierra amasada con las lágrimas
de los que vieron desfilar
con el entierro de algún muerto
toda su vida terrenal;
tierra amasada con las lágrimas
de los que esperan sin cesar
que otra vez tornen á sus brazos
las blancas sombras que se van...
¡Sé compasiva cuando pase
por ti mi lento funeral!...

¡Caminito del camposanto,
senda de paz
por donde siempre vuelven menos
de los que van!

XIII

Hombre que huyes de la Muerte,
en tu ciego frenesí
deten el paso, y advierte
que la Muerte
la llevas dentro de ti.

El pan que sembró tu mano,
¿crees que te va á alimentar?
¡Alimentará al gusano
que te habrá de devorar!

¿Por qué defender la Vida,
si tu Vida sólo es
como una Muerte invertida,
y el Principio del Después?.

XIV

Alma, para seguirme es necesario
andar tanto camino, que sangrarán tus pies:
los dejarás colgados de un árbol, como ex-votos,
y á rastras, como un monstruo, proseguirás después.

Cruzará tu barquilla frágil las tempestades,
y mientras ruja el trueno y el mar sientas crecer
en montañas de espumas, hasta alcanzar el cielo,
apoyada en el mástil, tranquila, te he de ver.

Andarás al desierto sin temor á las fieras;
y si sientes tus fauces abrasadas de sed,
romperás con tus dientes las venas, y tu sangre
por agua has de beber.

Irás á ciegas por los precipicios
saltando como una ágil cabra montés,
sin mirar al abismo, sólo fija en el cielo,
espiondo en las sombras la estrella de tu fe.

Alma, déjalo todo para seguir mis pasos!
Desceñirás tus brazos del cuello del amor,
y cerrarás las puertas hogar, y la llave
arrojarás á un pozo. Cantando, sin dolor,
dejarás tu rebaño paciendo en las praderas
bajo el oro del sol;
y darás á tus valles, tus fuentes y tus pájaros,
á todo cuanto un día tu corazón amó,
desde el monte, agitando tu pañuelo,
sin esperanzas tu postrer adiós.

Alma, para seguirme desnudarás tu cuerpo
de todas vestiduras, hasta de carne. ¡Irás
desnuda hasta mi tálamo, como un lirio que tiembla
bajo la tempestad!

Alma ¿y luego?... La sombra, el olvido de todo,
la rigidez eterna, el silencio, la Paz...
¡Y alguna nueva estrella que aparece en el cielo
y riela en la plata de las olas del mar!

XV

Ya no hay Romeos ni Julietas,
aun cuando existe el mirador,
y canta al rayo de la luna
en el granado, el ruiseñor.

¡Pobre Julieta, ha muerto tísica,
tosiendo sangre, en el jergón
del hospital, mientras Romeo
yace en obscuro callejón,
de parte á parte atravesado
por un cuchillo el corazón!

¡Y con vosotros, la poesía
hace ya tiempo que murió!...

¿Qué cantaremos los poetas,
sí con el hacha el leñador
todas las flores y los árboles
de nuestros cármenes taló;
si la barbarie á la Belleza
sus blancos brazos mutiló?...

Sólo llorar podemos hoy
el bello tiempo que pasó,
y poetizar nuestros recuerdos
y engrandecer nuestro dolor
entre las ruinas del pasado,
sin fe, sin patrias y sin Dios!

PALABRAS SINCERAS

A Dulce Maria Borrero.

I

Mis tórtolas de Ensueño sólo inmolo
en el eterno altar de la Belleza.
No soy bueno ni malo. Soy tan sólo
como me hizo la Naturaleza.

Atropellados van mis pensamientos
rugiendo de ira y de dolor á solas...
¿Qué mano puede refrenar los vientos
ó encadenar la furia de la olas?

Á impulsos de este fuego que me abrasa,
libre y audaz por la existencia yerro,
como un guerrero bárbaro que pasa

ébrio de besos y de sangre tinto,
esgrimiendo su gran maza de hierro
sobre el potro salvaje del Instinto.

I

Soy como soy, y vivo como vivo,
cual la Naturaleza me ha formado,
sencillo á fuerza de ser complicado
y humilde á fuerza de ser muy altivo...

Consciente de mi mismo, é inconsciente
de todo cuando fecundizo... Siento
fluir las fuerzas de mi pensamiento
como fluyen las aguas de una fuente.

La vida, para mí, es una llaga
que más se encona cuanto más la toco;
licor que me envenena y embriaga;

ala en el alma y en los pies cadena...
Y así, la voy perdiendo poco á poco,
sin saber distinguir si es mala ó buena.

III

Llevo sobre mi espíritu una carga
de prejuicios tan grande, que no puedo
desterrar esta angustia que me embarga,
y á veces de mi mismo tengo miedo.

Miedo de tanto monstruo como puebla
—garras de seculares tiranías—
la desorientación de mi tiniebla,
devorando mis pocas alegrías.

En pos de la barbarie de mi instinto
me pierdo por un largo laberinto
de monstruos ciegos y de esfinges mudas...

Miro á los cielos, y tan sólo veo,
tras la interrogación de mi deseo,
los puntos suspensivos de mis dudas...

IV

La vela de la nave en el espacio
tiembla como una llama que al sol arde,
y la luna naciente es un topacio
engarzado en el oro de la tarde.

A compás de los remos van cantando
los marinos sus tristes barcarolas;
cruza, lenta, la góndola, sembrando
sus ensueños de espumas en las olas.

¡Oh, ensueño melancólico de estío,
que se extingue temblando en el vacío,
igual que una canción, sobre la seda
del mar, bajo el damasco de los cielos,
mientras flotando en la ribera queda
el fugitivo adiós de los pañuelos!

V

Como una puñalada de agonía
desgarra una guitarra el taciturno
silencio impenetrable de la vía
muerta de paz bajo el azul nocturno.

El eco de la copla que se aleja
cada vez más doliente y más sombrío,
hace temblar la lóbrega calleja
en un brusco y mortal escalofrío.

¡Dolor, el alma de la Noche es tuya!
Pasas, y estremeciendo su cadena,
ébrio del duelo que tu canto vierte,
el negro perro del amor aulla,
rastreando en la atmósfera serena
los pasos fugitivos de la Muerte!

VI

Hoy estoy triste sin motivo. Fumo un cigarrillo, y me entretengo viendo cómo los espirales de su humo se van en el espacio disolviendo.

La fuerza de mi espíritu al fin cede al peso de un profundo aburrimiento, y está ya tan rendido que no puede ni levantar un ala el pensamiento.

Y en un sopor de muerte adormecido,
desnudo el cuerpo del humano barro;
y quisiera ser algo muy fluido,

para poder perderme como el humo
etéreo y fugitivo del cigarro
que entre mis labios pálidos consumo.

VII

Cruzan alegres músicas la vía.
El cielo es luz, la brisa es un perfume...
Y del cielo y la tierra la alegría
exacerba mi mal y me consume!

Todo canta esta tarde de verbena...
Y mientras todo canta el alma llora...
¿Qué le importa á los cielos esta pena
que al solitario corazón devora?

Va pasando el alegre vocerío.
Un perfume de amor flota en la brisa...
Y del balcón, muy pálido, me alejo...

Rie el cielo de luz, y también río;
pero al copiar en su cristal mi risa,
de espanto y de terror cruje el espejo!

VIII

Anhelos de reposo el alma siente.
Cuatro muros de cal y una ventana
por donde á despertarme diariamente
penetre el claro sol de la mañana.

Un huerto muy pequeño, algunas flores,
por tener algo que cuidar: piscina
para lustrar mi alma de dolores
y darle una pureza cristalina.

Paz, un poco de paz, y un gran olvido
ultrahumano de todo cuanto ha sido...
Y así, contento con mi propia suerte,

alguna tarde abandonar la vida
y recibir los besos de la muerte
como los besos de una prometida!

IX

En la paz funeral de este aposento
mi vida — un leve resbalar de seda —
se disipa como una polvareda,
como un perfume que se lleva el viento.

Y todo se deshace y todo flota
en la quietud de lo desconocido...
Igual que una clepsydra, gota á gota,
pierde su sangre el corazón herido.

Fuera dulce morir por una herida
tan estrecha que apenas se sintiera
correr la sangre y resbalar la vida...

Ir cerrando los ojos lentamente,
con la dulzura del que nada espera
y la sonrisa del que nada siente.

X

Tanto dolor mi corazón encierra,
que al peso del dolor rinde tributo,
igual que un árbol que se inclina á tierra
bajo el agobio de su propio fruto.

El vuelo de las horas he pasado
en un grito constante y dolorido...
¡Lloré por todos los que no han llorado,
sufrí por todos los que no han sufrido!

Para olvidar las llagas de mi duelo,
en juegos de locura y fantasía
toda mi juventud he malgastado.

Ya no tengo esperanzas ni consuelo,
pues sé también que es sólo la alegría
el eterno dolor enmascarado.

XI

La angustia del crepúsculo invadía
la prisión de mis hoscas soledades.
Era la tarde como una agonía
de eternas y marchitas claridades.

En la miseria urbana del suburbio
palpitaba no sé qué hondo quebranto...
Flotaba todo indefinible y turbio
como á través de un nebuloso llanto.

El temblor del crepúsculo sangriento
sobre la cal del muro de un convento,
de un huérfano dolor piadoso abrigo,

la esquelética sombra proyectaba
de un escuálido perro que ladraba
á los sucios harapos de un mendigo.

XII

Esta vida febril de las ciudades
el cuerpo enferma y me entumece el alma.
Quiero morir donde nací, en la calma
de mis hoscas y agrestes soledades.

En lugar del laurel busco el olivo,
á cuya sombra la Naturaleza
me dará la ilusión de su belleza
y hasta el orgullo de sentirme vivo.

¡Oh, mi Sierra Nevada! Tu blancura
de novia en mi dolor será un consuelo.
Entre tus nieves borraré mi nombre;

y sólo con su amor, desde tu altura,
veré pequeño, como es, al Hombre,
y más cercano de mi vista el cielo.

XIII

Dobla, mortal, la frente encanecida
ante el altar donde mi orgullo inmolo.
Delante de la tumba eres tan sólo
humilde barro que animó la Vida.

¡Esfuerzo inútil de la ciencia humana!
Siempre el Misterio velará tu empeño.
El *Ayer* fué un arcano; *Hoy* es un sueño
y nadie sabe qué será el *Mañana*!

Sin haber sobre un libro envejecido,
mucho más que tú sabes he aprendido
en la última mirada de una muerta...

Amor lo anima todo, hasta lo inerte...
Sólo á su voz, cual Lázaro, despierta
la Vida del ensueño de la muerte.

XIV

Un inmenso terror la noche llena,
y rugen cual famélicos leones,
sacudiendo el negror de su melena,
los desencadenados aquilones.

Retiembla el suelo y vibra la espesura,
y el campo de algún raudo meteoro
deja en la piel de la tiniebla oscura
fosforecentes cicatrices de oro.

Suena un brusco temblor de vidrieras;
y bajo la tormenta que le azota,
como bajel perdido entre la bruma,

entre un crujir de hierros y maderas
parece que la vieja casa flota
sobre un rugiente mar de negra espuma

XV

Yo escaparé del mundo, fugitivo
de todo, hacia la tierra más lejana,
donde no oiga ni una voz humana
que me recuerde que entre gentes vivo.

¡Os odio á todos, almas insinceras
que hicisteis de mi vida una agonía;
y á ti á veces también, ¡oh madre mía,
por haberme arrojado entre estas fieras!

Clavado sobre el trágico madero
morir á solas con mis penas quiero...
Amigos sin lealtad, padres, hermanos,

á todos mi perdón eterno alcanza...
Os dejo mi recuerdo por venganza.
¡Todos en mí pusisteis vuestras manos!

FIN

ÍNDICE



BAJO LA LLUVIA

Págs.

I.—EMPAÑA EL GRIS DIFUSO DE LA LLUVIA.....	11
II. MI FAZ ENVUELVE COMO UN ALA.....	13
III.—A LA INFLUENCIA DE LA PRIMAVERA.....	16
IV.—OBSCURA NUBE EL CIELO VELA.....	19
V.—BAJO LOS CIELOS LÓBREGOS Y OSCUROS.....	22
VI.—PERSISTENTEMENTE.....	24
VII.—MI CORAZÓN, MI CORAZÓN TE ESPERA.....	26
VIII.—HÚMEDA RÁFAGA DE VIENTO.....	29
IX.—HAY RÁFAGAS DE VIENTO EN LOS CRISTALES.....	32
X.—LA PENA.....	34
XI.—¿DÓNDE VAS? EN LA NOCHE FUNERARIA.....	36
XII.—HORAS DE LLUVIA Y DE PEREZA.....	39
XIII.—VIERTE LA TARDE EN TODO SU TRISTEZA.....	42

RIMAS SINCERAS

I.—ODIO LA LÍNEA RECTA. ME FATIGA.....	47
II.—LA TARDE ES UN SUSPIRO DE AMATISTAS.....	49
III.—EL PARQUE GRIS. LAS LARGAS AVENIDAS.....	51
IV.—MI VIDA ES COMO UN ÁRBOL QUE EN OTOÑO.....	54
V.—MIS ILUSIONES FUERON COMO EL HUMO.....	55

	Págs.
VI.—¡OH, POBRE DESTERRADO, QUE CAMINAS!.....	57
VII.—ROTAS, PENDIENTES DE LOS ALTOS MUROS.....	59
VIII. ESTA TRISTEZA QUE DEVORA EL CUERPO.....	61
IX.—ESTOY TRISTE, SEÑOR, ESTOY TAN TRISTE.....	63
X.—LA LUZ SE VA... SE VA DE NUESTRA ESTANCIA....	65
XI.—NUESTRO CUERPO ES CUAL PRÓDIGA MORADA.....	67
XII.—TÚ, NO ERES TÚ. A VECES ME PARECE.. .. .	68
XIII.—VAGAR, VAGAR POR TODOS LOS CAMINOS.....	70
XIV.—EN LOS HONDOS SILENCIOS DEL OLVIDO.	72
XV.—ABRÍ LOS OJOS Y ME HALLÉ EN LA CUMBRE.. . . .	76

GRITOS DISPERSOS

I.—ENTRE LA POLVAREDA PROFUSA DEL CAMINO.....	81
II.—TODO SE VA... EN EL VÉRTICE DE LOS CIPRESSES MUERE	83
III.—LLENO DE UNCION, INMÓVIL, TIENE EL PAISAJE INERTE.	85
IV.—DESNUDARÉ MI CUERPO DEL DOLOR QUE LE ABRASA.	87
V.—VI EL NEGROR DE TUS OJOS ENTRE LAS CELOSÍAS..	89
VI.—ATRAVIESA MIS SUEÑOS COMO UNA GAVIOTA.....	91
VII.—COMO UNA MELANCÓLICA VIRGEN CONVALECIENTE..	93
VIII.—BAJO EL SOL Y LA LUNA DESNUDARÉ MI VIDA.....	95
IX.—¡AMOR, QUÉ TARDE ARRIBA TU BARCA Á MI RI- BERA!.....	97
X.—¡POBRE ALMA MELANCÓLICA, QUE TE MUERES DE FRÍO!.....	99
XI. TIENE ANTE TI MI ALMA PUDORES DE DONCELLA ..	101
XII.—LA GLORIA DE MI NOMBRE FULGURA SOBRE "EL MURO.....	103

	Págs.
XIII.—TE HE DE VER Á LA SOMBRA DE UN ARBOL DEL CAMINO	105
XIV.—COMO EN LA VIEJA TORRE DE UN PALACIO ENCAN- TADO... ..	107
XV.—LA NOCHE ME HACE INMÓVIL. ENTRE LAS SOMBRAS QUEDO.....	109

SALMODIAS DEL CORAZÓN

I.—DE MI EXISTENCIA HOSTIL É INQUIETA	113
II.—EL CADÁVER DE LA TARDE	115
III.—MI POBRE CORAZÓN.....	118
IV.—MI VIDA ES COMO ESA GAVIOTA.....	121
V.—EN LA ORGÍA.....	123
VI.—LA NOCHE ES NIEVE Y FRÍO.	126
VII.—SIENTO QUE ALGO SE EXTINGUE, CUAL SI POR UNA HERIDA.....	128
VIII.—SON HORAS LLUVIOSAS DE RENUNCIAMIENTO.....	130
IX.—LLEVO SOBRE MIS HOMBROS UNA CARGA.....	132
X.—LE DIJE AL ORGULLO DE MI PENSAMIENTO.....	134
XI.—MI ROMÁNTICO ENSUEÑO TE ADIVINA.....	137
XII.—CAMINITO DEL CAMPOSANTO.....	140
XIII.—HOMBRE QUE HUYES DE LA MUERTE.....	143
XIV.—ALMA, PARA SEGUIRME ES NECESARIO.....	145
XV.—YA NO HAY ROMEOS NI JULIETAS..	148

PALABRAS SINCERAS

I.—MIS TÓRTOLOS DE ENSUEÑO SÓLO INMOLO	153
II.—SOY COMO SOY, Y VIVO COMO VIVO.....	155

	Págs.
III.—LLEVO SOBRE MI ESPÍRITU UNA CARGA	157
IV.—LA VELA DE LA NAVE EN EL ESPACIO	159
V.—COMO UNA PUÑALADA DE AGONÍA	161
VI.—HOY ESTOY TRISTE SIN MOTIVO. FUMO.....	163
VII.—CRUZAN ALEGRES MÚSICAS LA VÍA.....	165
VIII. ANHELOS DE REPOSO EL ALMA SIENTE.....	167
IX.—EN LA PAZ FUNERAL DE ESTE APOSENTO.....	169
X.—TANTO DOLOR MI CORAZÓN ENCIERRA.....	171
XI.—LA ANGUSTIA DEL CREPÚSCULO INVADÍA.....	173
XII.—ESTA VIDA FEBRIL DE LAS CIUDADES.....	175
XIII.—DOBLA, MORTAL, LA FRENTE ENCANECIDA.....	177
XIV.—UN INMENSO TERROR LA NOCHE LLENA.....	179
XV.—YO ESCAPARÉ DEL MUNDO, FUGITIVO.....	181



